

Santiago, 15 de Mayo de 1978.

Señor
Mariano Rumor.
Cámara de Diputados.
Roma.

Estimado Presidente y amigo,

la presente quiere llevarle a Ud y, por su intermedio, a mis amigos de la D.C. italiana, la expresión de mi profunda solidaridad, viva indignación y sentida condolencia con motivo de la tragedia de Aldo Moro.

En verdad, ha sido una tragedia no sólo para la D.C. y para el pueblo de Italia, sino para todos los demócrata cristianos y para todos los hombres de corazón bien puesto del mundo entero. En Chile seguimos sus alternativas con gran emoción, hondamente afectados por lo horrendo del crimen y conmovidos por la dramática prueba a que Italia, su gobierno y, especialmente, la D.C. ha sido sometida.

Personalmente, mi familia y yo seguimos todo este doloroso proceso con verdadera angustia y hemos compartido con nuestros amigos italianos los sentimientos y problemas de conciencia por los que han pasado. Creo mi deber de amigo, en este momento tan amargo, hacerles saber que hemos estado y estamos plenamente con Uds.

Un abrazo cordial de su amigo

P.S. aprovecho para adjuntarle copia de un artículo sobre la muerte de Moro que he escrito para la revista "Mensaje", de los jesuitas chilenos.

LA MUERTE DE ALDO MORO

¡Cruel paradoja el trágico fin terreno de Aldo Moro!
Símbolo de la conciliación, fué destruido por el fanatismo.
Hombre de derecho, la injusticia lo hizo objeto de abominable en-
sañamiento.

Cultivador inteligente y fino de la razón, cayó bajo el golpe
brutal y sangriento de la fuerza.

Este año habría sido, seguramente, elevado a la Primera Magis-
tratura de su Patria, con el respeto y consideración casi unánime de
sus conciudadanos. En vez de ello, fué humillado, vejado y escarnecido
hasta el aniquilamiento por un ínfimo grupo de criminales desequilibra-
dos.

Su vida, pública y privada, fué testimonio de amor cristiano;
pero murió víctima del odio.

Es de esos hechos inexplicables para el entendimiento humano.
Cuesta creerlo y provoca indignación.

¿Signo de los tiempos? ¿Señal de deshumanización de la sociedad
contemporánea? ¿Fruto de una perversión ideológica? ¿Expresión de que
los hombres han perdido la fe hasta en su propia dignidad de hombres?
Interrogantes todas angustiosas, que urgen respuesta y reclaman serena
meditación.

Pero hay verdades que nuestra conciencia nos exige proclamar de
inmediato.

Aldo Moro fué un hombre que, por imperativo de sus profundas
convicciones cristianas y por vocación de servicio, consagró su vida
al bien común de su pueblo.

Su larga y decisiva trayectoria en la vida política italiana
estuvo encaminada a lograr el máximo consenso democrático, a fin de
hacer posible un gobierno que contara con el respaldo de opinión in-
dispensable para ser eficaz. En ello puso permanente empeño, caracte-
rizado por una rara mezcla de racional ponderación y vigorosa tenacidad.

Hombre modesto, de apariencia tímida y vida retraída, respe-
toso de todas las personas, sencillo y afable en sus modales, ajeno
a toda espectacularidad -cuyo rostro estaba marcado por un dejo de
serena tristeza-, era un luchador infatigable, que se jugaba entero

por lo que creía verdadero y justo, poniendo en su tarea el coraje y la elocuencia propios del que aboga por lo que es su convencimiento vital.

Su vida toda es mentís más que suficiente a la imagen de debilidad que de su tragedia pudiera livianamente proyectarse.

Su adhesión a la Democracia, por la cual vivió y por la cual murió, pone al desnudo el oportunismo de los que intentan aprovechar su sacrificio contra la Democracia.

Como recuerda el Evangelio, es necesario que la semilla muera para que nazca el fruto. Quiera Dios que el holocausto de Aldo Moro remezca la conciencia de los hombres contra la violencia con que en tantas partes se ultraja la dignidad humana, demuestre a todos su barbarie e inutilidad y abra camino, en Italia y en el mundo, a la conciliación y la Paz por las que Moro entregó su vida.

Patricio Aylwin A.